

Índice

Introducción <i>Fabio Kolar, Ulrich Mücke</i>	7
El aprendizaje de los conservadores. Constitucionales y liberales en la época de la independencia del Imperio de Brasil (1821-1824) <i>Lucia Maria Bastos Pereira das Neves</i>	37
De Abascal a Olañeta. Realismo y conservadurismo en la independencia del Perú <i>Víctor Peralta Ruiz</i>	65
Los católicos del siglo XIX: tradicionales, conservadores, reaccionarios y modernos <i>Marta Eugenia García Ugarte</i>	89
En defensa del Papa y de la Iglesia. Los escritos del franciscano Pedro Gual, 1845-1890 <i>Cristóbal Aljovín de Losada</i>	123
“¿El pueblo es soberano? Estoy ayuno.” Las ambivalencias del conservadurismo mexicano durante la Guerra de Reforma <i>Erika Pani</i>	149
La defensa armada del orden social contra la revolución en la teoría y la acción política del conservadurismo español desde la consolidación hasta la crisis del régimen liberal (1840-1923) <i>Eduardo González Calleja</i>	167
Conservatismo y catolicismo en Colombia, 1880-1930 <i>Ricardo Arias Trujillo</i>	207
La formación de una élite femenina conservadora en el Estado Novo de Salazar <i>Irene Flunser Pimentel</i>	231

¿Un fascismo ibérico o latino? Comparación y vínculos transnacionales en el universo político fascista entre América Latina y la Europa mediterránea <i>João Fábio Bertonha</i>	257
Juventudes conservadoras en los años sesenta en Argentina, Chile y Uruguay <i>Ernesto Bohoslavsky, Magdalena Broquetas y Gabriela Gomes</i>	289
Discursos anticomunistas y antisocialistas de mujeres conservadoras en Brasil y Chile en las décadas de 1960 y 1970 <i>Margaret Power</i>	313
Del nacionalismo-revolucionario al liberal-conservadurismo: El recorrido de una élite política entre autoritarismo y democracia en Portugal <i>Riccardo Marchi</i>	331
Sobre los autores	359

Introducción

Fabio Kolar, Ulrich Mücke¹

Universität Hamburg

En las últimas décadas la “nueva historia política”² ha cambiado nuestra idea del pensamiento político en América Latina y la Península Ibérica. Hasta la década de 1970, en un contexto intelectual dominado por la teoría de la modernización, para muchos historiadores América Latina y la Península Ibérica seguían estancadas en el pasado. En contraste con aquellos que resaltaban los importantes cambios vividos en los siglos XIX y XX, se hablaba de “sociedades no-revolucionarias”³ que supuestamente no habían vivido una revolución industrial y, como consecuencia, tampoco una revolución social ni política. Según esta visión, antiguas tradiciones y costumbres seguían dominando tanto a los sistemas políticos y sociales como a los individuos. El fin de las dictaduras y la transición a la democracia en la Península Ibérica, así como en América Latina en el último tercio del siglo XX, pusieron en duda estas interpretaciones. Al buscar una tradición política para las sociedades post-dictatoriales, la nueva historiografía se ha concentrado en escribir la historia de los movimientos, los partidos y el pensamiento liberales y democráticos. El punto de partida fue la reinterpretación de los cambios a comienzos del siglo XIX. Mientras que antes la historiografía había puesto énfasis en las continuidades sociales y económicas con el antiguo régimen, ahora se subrayaban los cambios políticos, sobre todo la implementación del orden constitucional, la igualdad ciudadana y un sistema político basado en procesos electorales. Mientras que algunos piensan la “modernidad” política como un proyecto elitista que se enfrentaba a las sociedades tradicionales⁴, otros ven en los campesinos y subalternos

1 Agradecemos a Magdalena Chocano la revisión del castellano. Los textos de este libro son resultado de las ponencias presentadas en un simposio que se celebró en la Universidad de Hamburgo en 2016. Agradecemos a la Universidad de Hamburgo y a la Deutsche Forschungsgemeinschaft el apoyo que hizo posible el simposio.

2 Palacios, 2007.

3 Mander, 1969. Véase también Véliz, 1980.

4 Véase, por ejemplo, Guerra, 1992.

los verdaderos defensores de los principios revolucionarios⁵. No obstante, existe un acuerdo en que las independencias introdujeron cambios políticos radicales o revolucionarios. La nueva interpretación del pasado está vinculada con una nueva idea de lo político. Mientras que antes se pensaba lo político como dependiente de lo económico y lo social, ahora se lo concibe como una esfera con su propia lógica, lo que ha permitido combinar un pasado político revolucionario, liberal y progresista con un pasado social que se ha resistido a los cambios.

Como la nueva historia política se ha concentrado en estudiar el surgimiento de los nuevos Estados nacionales, no ha prestado la misma atención a las corrientes políticas que, aunque modernas también en su origen, se opusieron a los cambios introducidos por las revoluciones de la Independencia y sus respectivas consecuencias. En suma, existen muchos más estudios historiográficos sobre el liberalismo que sobre el conservadurismo y las derechas en América Latina. Sin embargo, se sobreentiende que estas corrientes han tenido un impacto importante en la historia de América Latina, España y Portugal. De hecho, en muchos países, el conservadurismo y las derechas han sido las fuerzas políticas dominantes durante gran parte de los siglos XIX y XX⁶.

Mientras que en 1999 Will Fowler aún podía decir que era un tabú estudiar el conservadurismo⁷, en los últimos veinte años se ha publicado un creciente número de estudios sobre la historia de las derechas y los conservadores en el mundo iberoamericano a ambos lados del Atlántico⁸. Muchos de estos estudios se concentran en un movimiento, en un partido o en un país, pero existen pocos trabajos que abarquen un espacio que trascienda las fronteras nacionales. Esta obra colectiva tiene como propósito examinar desde diferentes perspectivas las diversas expresiones y manifestaciones conservadoras y derechistas en América Latina y la Península Ibérica. Tanto esta introducción como los estudios que siguen enfocan el pensamiento político. Esto, por supuesto, no significa que, más allá del pensamiento político,

5 Véase, por ejemplo, Mallon, 1983. Sanders, 2014.

6 McGee Deutsch, 1999: 1, anota, por ejemplo, que “the right has ruled Latin America more frequently than the left, and even when out of power, profoundly conservative and antirevolutionary groups have greatly influenced the area”. Zapata, 2016: 195, escribe sobre el Perú: “el país actual, para bien o para mal, es una criatura forjada por las derechas”.

7 Fowler, 1999: 9.

8 Véase, por ejemplo, Power, 2002. Needell, 2006. Mücke, 2008. Pani, 2009. Álvarez y Sánchez Gómez, 2014.

no haya aspectos organizativos, sociales o de otra índole compartidos por los partidos o movimientos conservadores o derechistas. Los discursos e ideas políticos no flotan en el aire, sino que están conectados con intereses y estructuras materiales y de poder. No obstante, pensamos que, en el mundo político, los términos “conservadurismo” o “derecha” adquieren un sentido propio cuando se refieren a los discursos, las ideas y el pensamiento.

¿Cómo estudiar la historia del pensamiento político?

La nueva historiografía sobre el pensamiento político en América Latina y la Península Ibérica forma parte de lo que se ha dado en llamar la nueva historia intelectual⁹. A pesar de que tiene raíces muy diferentes —la Cambridge School of Intellectual History identificada con los trabajos de Quentin Skinner y John Pocock, la Historia Conceptual influida por Reinhart Koselleck y la Historia de las Mentalidades y de los Discursos de procedencia francesa— los diferentes enfoques de la nueva historia intelectual tienen en común su insistencia en la contextualización e historización del pensamiento político. Los textos políticos ya no suelen entenderse como manifestaciones de ideas eternas. El pensamiento político se desarrolla en conflictos específicos y depende de las condiciones políticas, sociales, culturales y discursivas específicas y concretas de cada contexto. Esto lleva a concluir que ya no se debe investigar exclusivamente los textos clásicos y los grandes pensadores. Hay que analizar asimismo las fuentes supuestamente menos importantes como, por ejemplo, artículos periodísticos, volantes, sermones, etc., es decir, todos los textos que contienen enunciados políticos¹⁰. Al contextualizar estos enunciados con la ayuda de la historia social y política, la nueva historia intelectual ha fomentado “un estudio más integrado del pensamiento y de la política práctica, rompiendo con los viejos planteamientos dicotómicos de la historia social y

9 Algunos textos paradigmáticos de la nueva historia intelectual han sido recopilados por Stollberg-Rilinger, 2010a.

10 Véase Hellmuth y Von Ehrenstein, 2001. Gallus, 2009: 140-141. Lottes, 2010. Stollberg-Rilinger, 2010b, particularmente pp. 7-11 y 40-42. No obstante las elaboradas discusiones teóricas influidas por el impacto del giro lingüístico, las interpretaciones hermenéuticas todavía no se han vuelto obsoletas y siguen desempeñando, a niveles diferentes, un papel importante en el estudio de las ideas. Stollberg-Rilinger, 2010b: 41-42.

de la historia tradicional de las ideas¹¹. En este sentido, los estudios recientes se esfuerzan por combinar las herramientas de las diferentes subdisciplinas historiográficas para analizar y mostrar la interdependencia de los discursos y la práctica política¹².

En las últimas décadas varios grupos importantes en América Latina, España y Portugal han fomentado los estudios de la nueva historia intelectual como, por ejemplo, el grupo de Quilmes alrededor de José Elías Palti o el equipo de Iberconceptos dirigido por Javier Fernández Sebastián¹³. Muchos estudios han enfocado la historia intelectual del republicanismo y el liberalismo. El pensamiento conservador y derechista, no obstante, no ha sido estudiado con la misma atención¹⁴. Los estudios historiográficos del conservadurismo y las derechas en América Latina, España y Portugal siempre han estado mucho más vinculados con la historia política y social y menos con la historia intelectual. El pensamiento conservador y derechista se ha entendido generalmente como la expresión de una fuerza política con intereses determinados y, por eso, no se ha prestado mucha atención al pensamiento mismo suponiendo que al explicar los intereses materiales ya se ha agotado el tema.

Además, muchos/as investigadores/as, independientemente de que trabajen sobre la historia latinoamericana, europea o de otros países, suponen que los conservadores y derechistas han sido oportunistas que, en defensa de sus intereses específicos, se adherían a diferentes programas y plataformas políticas de manera pragmática, despreciando generalmente el terreno de las ideas y las teorías políticas. La gran heterogenidad del pensamiento conservador y derechista y sus contradicciones inherentes parecen confirmar esta concepción, muchas veces expresada, de hecho, por los mismos conservadores¹⁵. No obstante, como ha explicado Panajotis Kondylis, la diversidad no es “un específico de la teoría conservadora, sino un efecto secundario de la vida histórica de todas las grandes ideologías políticas¹⁶”. No deben subestimarse los esfuerzos teóricos de los conservadores y derechistas,

11 Fernández Sebastián, 2009: 27.

12 Fernández Sebastián, 2009: 27.

13 Al respecto del desarrollo de la historia intelectual en Latinoamérica, véase Granados García y Carlos Marichal, 2004: 17-25.

14 No existe, por ejemplo, una entrada en el *Diccionario político y social del mundo iberoamericano* (Fernández Sebastián, 2009-2014) para el pensamiento conservador.

15 Véase al respecto las explicaciones críticas de Schildt, 1998: 16-17.

16 Kondylis, 1986: 18.

explica Axel Schildt. Por eso, pensamos que es importante estudiar el pensamiento conservador y derechista, lo que no quiere decir que exista un conservadurismo antropológico ni homogéneo. Por el contrario, dicho pensamiento se caracteriza por la heterogeneidad y la capacidad de cambio y adaptación. Algunos de sus elementos han sido más transitorios, como por ejemplo, la defensa de la monarquía, y otros más perdurables, como el organicismo social y la preferencia por los estados autoritarios y jerárquicos¹⁷.

1. Enfoques

Los términos “conservador” y “derecha”

Lo que ha dificultado el estudio del pensamiento conservador es el empleo muchas veces confuso y arbitrario de los términos “conservador” y “derecha”. Existe una gran heterogeneidad terminológica, que se refiere tanto al vocabulario histórico como a los términos analíticos empleados por la historiografía. Para poder estudiar el pensamiento conservador y derechista se necesitan conceptos analíticos viables. Es decir, no basta, por ejemplo, una definición del conservadurismo basada exclusivamente en la etimología y vinculada con las palabras “salvar”, “guardar” y “mantener”, porque de esa manera pierde todo significado específico y puede designar, incluso, fenómenos o proyectos históricos incompatibles¹⁸. Asimismo, no es suficiente identificar a los conservadores y la derecha exclusivamente con una clase social determinada, pues esto significaría una simplificación histórica y analítica. Para el análisis del pensamiento conservador y derechista, pensamos, es indispensable volver a su origen y situarlo en su propio contexto histórico.

Los términos “conservador” y “derecha” adquirieron su sentido político en el contexto de la Revolución Francesa. En Francia se utilizaba “conservateur” desde la década de 1790 para describir una posición que intentaba mantener los resultados de la revolución sin seguir realizando revoluciones. En su discurso del 10 de noviembre 1799 Napoleón hablaba de las “ideas conservadoras” para justificar el haber perpetrado un golpe de Estado. El término demoró en difundirse hasta que François-René de Chateaubriand publicó el periódico *Le Conservateur*. El término, de nuevo,

17 Véase Schildt, 1998: 16-17.

18 Véase Schildt, 1998: 9-11.

indicaba una posición política contraria tanto al antiguo régimen como a futuras revoluciones. Con este significado empezó a introducirse, a partir de la década de 1830 en los discursos políticos en Alemania, Gran Bretaña y, también, en el mundo iberoamericano¹⁹. Por ejemplo, en el periódico brasileño *O Sete d’Abril* se hablaba en 1838 de una “clase conservadora” que tenía interés en “la estabilidad y el orden con progreso”²⁰. En las décadas de 1840 y 1850 se fundaron los primeros partidos políticos en México, Brasil y Colombia que se autodenominaron explícitamente “conservadores”. En el transcurso de los siglos XIX y XX hubo un gran número de partidos y agrupaciones políticas en el mundo iberoamericano que utilizaban el término “conservador” para referirse a sí mismos²¹. Fuera de ellos, había otros muchos que defendían ideas conservadoras bajo nombres diversos. Se definían, por ejemplo, como defensores del rey, del orden, de la religión, de la patria o de la nación o como serviles, leales, patriotas, católicos o moderados, dependiendo del tiempo y del contexto. El término “conservador” alcanzó su auge a mediados del siglo XIX para perder importancia como autodenominación al final de la centuria. El término “conservador” devino un término peyorativo, entre otras razones, por los compromisos monárquicos y clericales de los conservadores decimonónicos.

El término “derecha” tiene una historia paralela pero diferente del término “conservador”. También adquirió su sentido político durante la Revolución Francesa. Designaba la ubicación de los escaños de los defensores del rey y del antiguo régimen en la sala de la Asamblea General. Sin embargo, el término “derecha” no se difundió de la misma manera en los discursos políticos decimonónicos; se solía preferir el concepto “conservador”. Esto cambió en el siglo XX, “la era de los extremos”²², cuando los conceptos “derecha” e “izquierda” empezaron a ordenar los espacios políticos en Iberoamérica y buena parte del mundo²³. De hecho, la historiografía usa los

19 Véase Vierhaus, 1982: 537-541. En relación con el desarrollo del conservadurismo, véase también Suvanto, 1997: 20-60. Acerca del surgimiento del pensamiento conservador en América Latina, España y Portugal véase Mücke, 2008.

20 *O Sete d’Abril*, 19.11.1838, p. 2.

21 Véase, por ejemplo, Romero, 1986 (1978).

22 Hobsbawm, 1994.

23 Según Reyna, 2006, la geometría política latinoamericana ha empezado a transformarse en el contexto de las transiciones democráticas. La antigua distinción entre izquierda y derecha, que marcaba el siglo XX, se ha complicado en las últimas décadas, y, a la vez, otros referentes han ganado importancia, particularmente la democracia y el

términos “conservador” y “derecha” de manera similar. Mientras que para el siglo XIX destacan los estudios que hablan del conservadurismo, los trabajos dedicados al siglo XX suelen preferir el concepto “derecha”. Esta preferencia tiene que ver también con la necesidad de marcar la evolución y las diferencias del pensamiento conservador y derechista a principios del siglo XX cuando ciertos elementos del conservadurismo fueron combinados con ideas pertenecientes a nuevas corrientes filosóficas como el positivismo o el darwinismo social, lo que llevó a la secularización y radicalización de una parte de las derechas²⁴.

Los términos “derecha” e “izquierda” son conceptos relativos, pues solamente pueden existir juntos. Se refieren a la ordenación política espacial, que puede aplicarse, por ejemplo, tanto a un país como a un partido. No tienen por sí mismos un sentido ontológico, por eso, no poseen un contenido político determinado o inmutable. Pero tampoco son contenedores vacíos. Para poder diferenciar entre “derecha” e “izquierda”, Norberto Bobbio ha propuesto un esquema útil de tipo ideal. Según él, el criterio principal para la diferenciación entre “derecha” e “izquierda” es la igualdad, o, más precisamente, “la percepción y evaluación diferente de lo que [...] hace los seres humanos iguales o desiguales²⁵”. Mientras la izquierda o los igualitarios aspiran a reducir las diferencias, la derecha o los no igualitarios aspiran a acentuarlas. Además, la izquierda ve las diferencias entre los seres humanos principalmente como resultado de la historia y de la sociedad y, de resultas, las ve como mutables. La derecha, por el contrario, las ve como naturales, por tanto, inmutables, o, donde concede la influencia de las costumbres y las tradiciones en generarlas, las ve como buenas y favorables y está dispuesta a aceptarlas. Este punto es importante, porque conecta el concepto de la “derecha” con el del “conservadurismo”. Finalmente, Bobbio introduce

autoritarismo. Al escribir su ensayo, Reyna, 2006, ha creído observar un cambio hacia la izquierda —un cambio que desde la perspectiva actual podría cuestionarse—. González Ferrer y Queirolo Velasco, 2013, han llamado la atención sobre las discrepancias entre las clasificaciones políticas que han realizado los expertos académicos y políticos, por un lado, y los votantes, por el otro lado, en América Latina a comienzos del siglo XXI. Afirman que “en la mayoría absoluta de los casos [...] no coinciden” (101), aunque, generalmente, discrepan de grado, no de tendencia.

24 McGee Deutsch y Dolkart, 1993b: xvi.

25 Bobbio, 1995 (1994): 111.